

Lisboa alternativamente las sedes adecuadas de la Oficina, Congreso u Hogar Central de las Repúblicas Iberoamericanas.»

B. SANIN CANO

(Es copia conforme).

(La Esfera, 15-III-24, Madrid).

DIVAGACIONES

Miratondo

AISLADO en esta isla por pesimista— «hay que aislar a los pesimistas», que dijo el otro—, ¿qué mejor puedo hacer que apacentar mi espíritu en la lectura de aquel que fué el maestro supremo del pesimismo transcendente y poético, del pesimismo creador? Claro está que me refiero a Leopardi, que con su pesimismo levantó el alma de su patria y contribuyó, como el que más, a fraguar la conciencia de la nueva Italia.

Me he puesto a leer los *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*, aquella continuación del poemita satírico, puesto bajo el nombre de Homero, en que se cuenta la batalla entre las ranas y los ratones, y cómo vinieron los cangrejos en ayuda de aquéllas, de las ranas. Porque los cangrejos tienen que ayudar a los anfibios.

Ya en el canto primero del poema leopardiano—escrito en octavas reales, como los de Ariosto y el Tasso—aparecen los derrotados ratones corriendo a todo correr, perseguidos por los cangrejos, y entre ellos Miratondo.

«Había pasado la hora, y en el día segundo empezaba ya a ponerse obscuro el aire, cuando un guerrero, llamado Miratondo, se encontró huyendo por una altura, y, o fuese atrevimiento o bien que en el mundo el miedo es vencido por el cansancio, detúvose, y acostumbrado a espiar levantó el hocico el primero de su linaje. Y erguido sobre los pies, con los ojos fijos, mirando cuanto podía a lo lejos, por aquí, por allá, por todos los cuatro vientos, buscó el agua y la tierra, el monte y el llano; espíó las selvas, los lagos y las corrientes, las extensas campiñas y el Océano, y no vió otra cosa extraña sino mariposas y muchas avispa que erraban allí abajo, por el valle».

Hay en estas dos preciosas estrofas rasgos fuertemente significativos, poéticos, desde aquello de que Miratondo «se encontró huyendo por una altura»,

a fuggir si trovo per un'altura

que así suele ser; que el fugitivo, en una derrota, se encuentra huyendo y

acaso se sorprende de su huída. ¡Oh, fatalidad!

Pero se detuvo, o fuese valor o que en el mundo vence el cansancio al miedo,

ed o fosse ardimento ovver ch'al mondo vinta della stanchezza e la paura.

Veis a uno que corre, que corre, que parece devorar suelo, que marcha a la conquista de una fortaleza o de un reino, y corre de miedo. Aunque parezca avanzar hacia el enemigo, que a las veces—lo dijimos en *Paz en la guerra*—se huye hacia adelante. Corre y corre, y más corre, y en rigor corre de miedo, y de pronto se para. ¿Por valor? No, sino porque el cansancio ha vencido al miedo. El cansancio es más fuerte que el miedo. Y los cobardes vestidos de bravucones, los que corren para aturdirse con la marcha y con el ruido de los pasos—suelen llevar cascabeles y hasta cencerro para hacer más ruido con la carrera—, esos se cansan pronto. Porque la fatiga no es cosa del músculo, sino que es cosa de la sangre y del corazón y del cerebro. Sólo la inteligencia es la que no se cansa. Y es una leyenda lo de la fatiga mental. Leyenda forjada por los que son incapaces de ponerse a pensar.

Levantó luego el hocico Miratondo, el primero de la casta de los ratones que lo levantó, e irguióse sobre sus dos pies traseros, y se puso a mirar. Con ojos de ratón detective, Miratondo, el policíaco, vencido el miedo por el cansancio, se puso a mirar, a descubrir enemigos de la patria ratonil, de Zopaia. Y ¿qué vió? Mariposas y avispa que erraban por el valle. No vió cangrejos ni cangrejillos, ni indicio

alguno de armas hostiles, y «estaba el cielo sin nubes, y rubicunda la parte occidental, y el mar sin ondas». Como éste que tengo a la vista. Y sintióse reconfortado y recobró ánimo Miratondo.

Miratondo no temía a las mariposas ni a las avispa. Menos mal. Porque hay ratones que temen a las mariposas más que a los cangrejos, a los gatos o a las comadrejas. Hay bravos ratones para los cuales la bestia negra es una mariposa. Antójaseles que la mariposa, en sus giros y revoletes, se está burlando de ellos. Y atribuyen a los arabescos volátiles de las mariposas, a sus revoletes, el que tengan que huir, ¡oh, fatalidad!, ante los cangrejos. Son las mariposas las que les distraen y la distracción trae el pánico.

El bravo Miratondo se detuvo en su huída y «osó llamar a sus compañeros héroes». ¡Oh, heroicidad ratonil! Y le oyeron sus compañeros héroes, los heroicos ratones de la huída, con tanta alegría como los diez mil de la retirada con Jenofonte oyeron gritar: «¡Mar! ¡Mar!»

¡Ah, y cómo se comprende aquí el grito maravilloso de los griegos errantes por el Asia Menor!: «¡Mar! ¡Mar!» Y acaso mejor: «¡La mar! ¡La mar!» La mar, en femenino, y no el mar, en masculino; la mar materna.

¡La mar! ¡Esta mar maravillosa que ciñe a Fuerteventura, y en cuyos brazos, mientras sonriendo nos canta el canto eterno de cuna, es tan dulce leer el sonriente poema del maestro en pesimismo!

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura,
y abril de 1924.

(La Libertad, Madrid).

UN EPISODIO INTERESANTE

Muy antiguo y muy moderno

DECIMOS que no pasa nada... ¡Cuántas cosas han ocurrido en el mundo desde 1914! Esta generación ha presenciado en una década lo que apenas cabría en un siglo. Tenemos de ello la intuición sensible viendo a nuestros hijos estudiar sus lecciones sobre un mapa de Europa, que ya en nada se parece al que nos quedó grabado en el recuerdo desde nuestros años escolares. Este, el de hace apenas un decenio, resulta ya tan remoto como en nuestra mocedad lo hubiera sido una antigua carta geográfica del siglo XVIII... En lo espiritual, por otra parte, el cambio no ha sido menos rápido ni menos profundo...

Estas o parecidas reflexiones se hará, sin duda, el viejo obrero James Brown al salir del histórico palacio de los Estuardos, en carroza de gala, con regia escolta y entre salvas de artillería, para dirigirse a la Asamblea de la Iglesia de Escocia.

Singular es el caso, a la vez pintoresco y significativo, y por algo la prensa de todos los países lo recoge y lo comenta. Quizás constituyó para el Gabinete Mac Donald un pequeño e interesante problema, resuelto en Consejo de ministros con la grave seriedad y la delicadeza práctica propias del temperamento inglés.

Se trata de que S. M. el rey Jorge